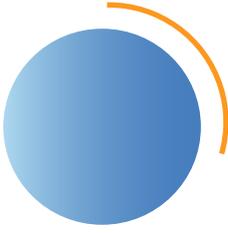


La vocación al matrimonio

Taller para novios o matrimonios





Si partimos del concepto de vocación como llamada, tenemos que empezar con el dilema de si fue antes el huevo o la gallina... ¿La vocación al matrimonio se tiene antes de conocer a la persona?, ¿o conocemos a la persona y escuchamos la llamada al matrimonio?

Estas preguntas nos pueden llevar también a estas otras: ¿la per-

sona nos la pone Dios en el camino y de ahí surge la llamada? ¿O Dios nos pone en el corazón la vocación al matrimonio y en este sentimiento buscamos a la persona?

Con estas preguntas resonando en nuestras cabezas nos disponemos a rezar en matrimonio: preparamos nuestro entorno con un crucifijo y una vela encendida, nos cogemos de las manos y leemos el texto de Tobías (8, 4-9) y el Salmo 128 (1-4):



Tobías 8, 4-9

Cuando todos hubieron salido y cerrado la puerta de la habitación, Tobías se levantó de la cama y dijo a Sara: «Levántate, mujer. Vamos a rezar pidiendo a nuestro Señor que se apiade de nosotros y nos proteja». Ella se levantó, y comenzaron a suplicar la protección del Señor. Tobías oró así: «Bendito seas, Dios de nuestros padres, y bendito tu

nombre por siempre. Que por siempre te alaben los cielos y todas tus criaturas. Tú creaste a Adán y le diste a Eva, su mujer, como ayuda y apoyo. De ellos nació la estirpe humana. Tú dijiste: «No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él». Al casarme ahora con esta mujer, no lo hago por impuro deseo, sino con la mejor intención. Ten misericordia de nosotros y haz que lleguemos juntos a la vejez». Los dos dijeron: «Amén, amén». Y durmieron toda la noche.



Salmo 128, 1-4

Dichosos todos los que temen al Señor, los que van por sus caminos. Lo que ganes con tus manos, eso comerás; gozarás de dicha y

prosperidad. En el seno de tu hogar, tu esposa será como vid llena de uvas; alrededor de tu mesa, tus hijos serán como vástagos de olivo. Tales son las bendiciones de los que temen al Señor.



Ahora, en silencio, reflexionamos sobre lo que hemos leído y nos que-

damos con la frase que se ha quedado resonando en nuestras cabezas. Y nosotros, en nuestro matrimonio...



¿Invocamos a Dios?, ¿qué le pedimos?

¿Transitamos los caminos del Señor?, ¿se hace presente cuando lo hemos necesitado?

¿Le pedimos llegar juntos a la vejez?, ¿nos sentimos bendecidos?

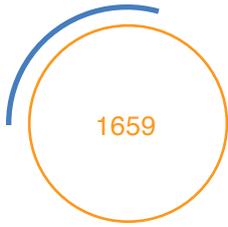


En este ambiente de oración vamos a repasar qué es el matrimonio y qué implicaciones tiene no solo para los contrayentes, sino también para sus familiares, la sociedad en la que viven y, por tanto, para el mundo.

Socialmente extendida está la definición que nos da la RAE sobre el matrimonio: “unión de hombre y mujer, concertada mediante ciertos ritos o formalidades legales, para establecer y mantener una comunidad de vida e intere-

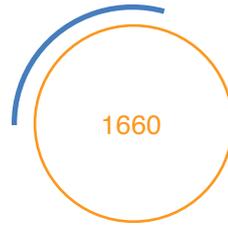
ses”. Eso es: me enamoro de una chica (o de un chico, si soy la esposa), vivimos un periodo de noviazgo, decidimos casarnos después de una pedida de mano (o no), nos casamos (antes siempre por la Iglesia, ahora también por el juzgado), convivimos, tenemos algún hijo (la media en España está en 1,2 hijos) y compartimos nuestra vida y, pues, nuestros intereses. Fin de la historia.

¿Fin de la historia? Aquí no acaba la historia o, mejor dicho, de esta manera no tendría que transcurrir la historia, al menos en los matrimonios cristianos. Nos ha faltado un condicionante, ese que se nos da en el Catecismo, vamos a ver qué se nos dice para saber qué nos está faltando:



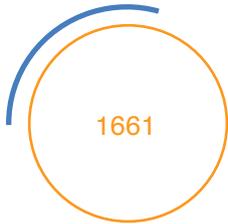
1659

San Pablo dice: «Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia [...]Gran misterio es éste, lo digo con respecto a Cristo y la Iglesia» (Ef 5,25.32).



1660

La alianza matrimonial, por la que un hombre y una mujer constituyen una íntima comunidad de vida y de amor, fue fundada y dotada de sus leyes propias por el Creador. Por su naturaleza está ordenada al bien de los cónyuges así como a la generación y educación de los hijos. Entre bautizados, el matrimonio ha sido elevado por Cristo Señor a la dignidad de sacramento (cf. GS 48,1; CIC can. 1055, §1).



1661

El sacramento del Matrimonio significa la unión de Cristo con la Iglesia. Da a los esposos la gracia de amarse con el amor con que

Cristo amó a su Iglesia; la gracia del sacramento perfecciona así el amor humano de los esposos, reafirma su unidad indisoluble y los santifica en el camino de la vida eterna (cf. Concilio de Trento: DS 1799).



¡Menuda categoría...! ¡Y menuda responsabilidad! ¿Con que un matrimonio es igual que la unión que Cristo tiene con la Iglesia? El concierto ese que nos indicaba el diccionario

de la lengua española no es un mero trámite administrativo o poder notarial mediante el cual se produce esa unión, sino que supone mucho más para un cristiano. El decidir casarse para una pareja de novios supone decidir tomar uno de los siete sacramentos de la Iglesia.



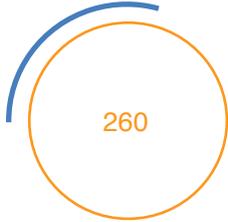
Preguntas

¿Soy consciente de todo en lo que comprometí el día de mi boda ante Dios y ante la comunidad?
«Si hubiese sabido...», ¿ronda esta pregunta en tu cabeza cuando piensas en tu matrimonio?



Si tomamos otra de las obras de referencia que tiene la Iglesia, el YOUCAT, nos simplifica todas las

preguntas o cuestionamientos que pudiéramos estar haciéndonos en este momento:



¿Por qué ha hecho Dios al hombre y a la mujer el uno para el otro?
Dios ha hecho al hombre y a la mujer el uno para el otro para que «ya no sean dos, sino una sola carne» (Mt 19,6): de esta forma deben vivir el amor, ser fecundos y así convertirse en signo del mismo Dios, que no es otra cosa que amor desbordante.



¡El amor desbordante! Pues claro... eso es... Tenemos que amarnos hasta desbordarnos... Si esto lo cumplimos, vamos a vivir completamente en el sacramento como Dios espera que lo hagamos. Y no solo esto, estaremos replicando el ejemplo de la Sagrada Familia.

En realidad, todos los matrimonios deberíamos pensar con frecuencia en el profundo amor que unió siem-

pre a esta pareja de esposos, formada por José y María. Debemos practicar constantemente el respeto que ellos se profesaban el uno al otro en la convivencia de cada día, dentro y fuera del hogar.

La autenticidad del matrimonio lleva consigo la existencia de amor conyugal, de ilusión de vida en común, de compromiso, y lo lógico es pensar que estos rasgos estuvieron muy presentes en el matrimonio entre José y María. Dios añadió a ese amor el fruto de santa María: el Hijo Eterno hecho hombre, que quiso nacer en una familia humana.



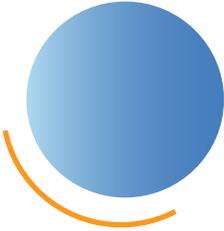
Preguntas



¿Tenemos en casa un icono de la Sagrada Familia que nos recuerde el respeto y el amor conyugal?

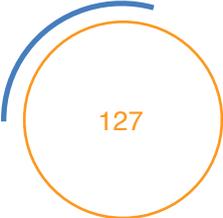
¿Nos hemos planteado alguna vez seguir los modelos de José y de María como padres de Jesús?

¿Nos importan los frutos de nuestro matrimonio?



¡Nosotros en nuestro matrimonio queremos ser como ellos! Si nos ponemos como ideal matrimonial el de José y María, su fruto más importante fue el niño Jesús

y para tratar este tema, esta vez vamos a dirigirnos a otra obra de referencia de la Iglesia, el DOCAT. El capítulo 5 de este documento tiene como título “El fundamento de la sociedad: la familia” y en la pregunta 127 nos dice lo siguiente:



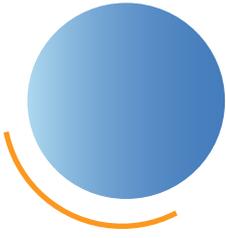
127



¿Es parte del matrimonio el deseo de tener hijos?

Sí. Al igual que el matrimonio se ordena a la familia, también la familia se ordena al matrimonio: ambos están llamados el uno al otro. Dicho más sencillamente, «no hay familia sin matrimonio ni matrimonio sin familia». El matrimonio remite a la familia, lo que significa

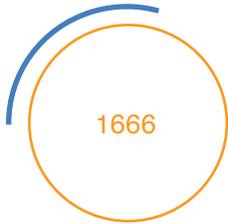
que está ordenado a la procreación y educación de los hijos y a una vida con ellos. Las parejas que desean contraer matrimonio deben abrirse desde el comienzo de su matrimonio a tener hijos; «¿estáis dispuestos a recibir de Dios responsablemente y amorosamente los hijos, y a educarlos según la ley de Cristo y de su Iglesia?» A esta fórmula hecha por el sacerdote durante la boda, ambos cónyuges deben contestar afirmativamente, ya que sólo entonces podrán contraer matrimonio.



¡Sí quiero! Pero... no solo quiero a mi esposa/marido, sino que con mi esposa/marido quiero tener hijos. De hecho, este tema es uno de los que más se hablan durante el noviazgo (o se debería hablar) y al que hay que dedicarle tiempo para planificar su llegada y los puntos más importantes de su educación. ¿Y si no llegan los hijos? Pues también tenemos respuesta en el

DOCAT: En estos casos (en los que no se pueden tener hijos), su matrimonio no tiene menos «valor», pues la procreación no es la única finalidad del matrimonio. (...) Un matrimonio puede ser igualmente «fructífero» si una pareja sin hijos abre su corazón a personas solitarias, si se involucra socialmente o si vive la hospitalidad.

Una vez que los hijos llegan según esa planificación meditada durante el noviazgo (o, mejor dicho, según Dios quiera), debemos tener en cuenta lo que nos vuelve a decir el Catecismo:



1666

El hogar cristiano es el lugar en que los hijos reciben el primer anuncio de la fe. Por eso la casa familiar es llamada justamente «Iglesia doméstica», comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y de caridad cristiana.



Por tanto, la vocación al matrimonio no culmina en el sacramento del Matrimonio, sino que se debe hacer extensiva a nuestros hijos. El matrimonio cristiano debe procurar realizar una transmisión

de fe vivencial y que, a través de su ejemplo, los hijos reciban el anuncio de la fe de forma activa. De esto depende el ser Iglesia en nuestros hijos.

Si volvemos a la imagen de la Sagrada Familia, nos situamos ante una familia que cumple la ley de sus padres, transmite conocimientos y vivencias a

su hijo y respetan la libertad y voluntad del Hijo una vez decide su camino. Aunque se habla poco de la infancia de Jesús en las escrituras, cuando era niño, sus padres lo presentaron en el templo, José le enseñó su oficio y se podría intuir que creció feliz en el seno de su familia; pero lo más importante y lo que sí se recoge en el Nuevo Testamento es cómo María lo dejó hacer, lo dejó marchar.

Los padres sembramos en los corazones de nuestros hijos, el Espíritu se encarga de regar esa semilla y los hijos deben aprender a escuchar la llamada, a desarrollar su vocación con la ayuda y el apoyo de

sus padres. ¿Podemos imaginar que María le hubiera dicho a Jesús que no partiera, que no se retirara de su lado? ¿Jesús habría sido un simple carpintero, se habría conformado? Esto no habría sido justo...

Nuestros hijos son una bendición de Dios; Él nos los "presta" para que le ayudemos a moldearlos. Es por esto por lo que los padres solemos esforzarnos en demasía para que no les falte de nada. Pero ¿estamos seguros de que les estamos dando lo que realmente necesitan? Muchas veces puede ser que nos desviemos de la esencia, de lo que el corazón sencillo de un niño necesita y lo complicamos con nuestras ideas e ilusiones. Los hijos requieren tiempo, sonrisas, cariño y, sobre todo, confianza en las personas que son sus referentes. Analizar los condicionantes que nos apartan en el día a día de cumplir los requerimientos son temas importantes que hay que tratar en el matrimonio.

Preguntas

¿Nos esforzamos por ser un ejemplo día a día para nuestros hijos?

¿Hablamos de la fe a nuestros hijos con naturalidad o nos cuesta abrirles nuestros corazones?

¡Jo, pues vaya qué difícil es esto de estar casados! ¿Por qué no nos avisan de todas las cosas que hay que hacer y que debemos tener en cuenta? Siempre que se nos planteen estas cuestiones, el matrimonio puede recurrir a los

abuelos, son una figura imprescindible (si el Señor nos permite disfrutar de ellos mucho tiempo) en la transmisión de la Fe. Ellos van sobrados de experiencia en el campo de la educación y, aunque los tiempos van cambiando, su intuición y sensibilidad no tienen límites. Así lo recoge el DOCAT en la pregunta 121:

¿Cuál es el papel de los ancianos en la familia?

La presencia de los ancianos que viven en la familia puede resultar valiosa. Ellos son un ejemplo de la vinculación entre las generaciones y pueden contribuir, gracias a su valiosa experiencia,

al bienestar de la familia y de toda la sociedad. También pueden transmitir valores y tradiciones y apoyar a los más jóvenes. Así, estos aprenden a buscar no sólo su propio bien, sino también el de los demás. Cuando los ancianos se hallan enfermos o necesitan de ayuda, no sólo requieren cuidados médicos y una asistencia adecuada, sino sobre todo un ambiente y un trato amorosos.

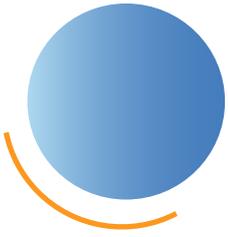
Pero tampoco hay que pasarse... No solo tenemos que "aprovecharnos" de ellos, sino que tenemos que cuidarlos y darles el sitio que se merecen en la jerarquía de la familia. De esta manera estaremos "matan-

do dos pájaros de un tiro": mejoraremos la educación y la transmisión de la Fe en nuestros hijos y les estaremos enseñando a cuidar y respetar a los mayores. Valores que en la actualidad no están muy de moda y, sin embargo, son fundamentales para que los cimientos sociales no se derrumben.

Preguntas

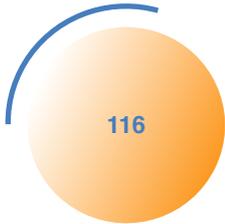
¿Estamos explotando esta mina de los abuelos? ¿Habíamos descubierto ya el tesoro que escondía?

¿Le dedicamos el tiempo que merecen a nuestros mayores?



Los frutos de los matrimonios cristianos son nuestros hijos y nuestros entornos y, por consiguiente, la sociedad en la que

vivimos. La sociedad del mañana son los hijos que estamos formando en las familias del presente. Es, por tanto, por lo que tenemos que servir al Señor en esto. Así nos lo dice el DOCAT:



¿Tiene cabida la «familia» en las sociedades modernas?

Sí. En las sociedades modernas no sólo faltan a veces convicciones morales o religiosas compartidas por todos; el mundo, además, se ha vuelto extremadamente complejo. Cada ámbito de la realidad se rige según criterios propios, y esto afecta también a las familias. La Iglesia se preocupa del bienestar y de la dignidad de cada ser humano, lo que permite que ám-

bitos diferentes pueden permanecer unidos. No hay mejor espacio para el hombre que una cultura de vida impregnada de altos ideales y portadora de buenas relaciones familiares. En ella se puede demostrar y aprender que el respeto mutuo, la justicia, el diálogo y el amor para una convivencia fructífera son más importantes que todo lo demás. De este modo, la familia es una institución que no solo tiene cabida en la sociedad moderna, sino que constituye incluso el lugar central de la integración humana. En ella se crece en los valores humanos y sociales necesarios para el Estado y para los más diferentes ámbitos sociales (por ejemplo, para la economía, la política o la cultura).



La sociedad se nutre de las vocaciones que surgen en el seno de las familias. Por ejemplo, los padres nos esforzamos para poder darles la mejor formación si nuestros hijos quieren ser médicos (tan necesitados en esta época), ingenieros, profe-

sores, mecánicos, carniceros... Desde la familia tratamos de proporcionarles los medios, el asesoramiento y el apoyo incondicional para lograr estos objetivos. De igual modo, no podemos dejar de lado el acompañamiento y sostenimiento de vocaciones esenciales para el desarrollo de una sociedad como las vocaciones matrimoniales, religiosas y/o sacerdotales.

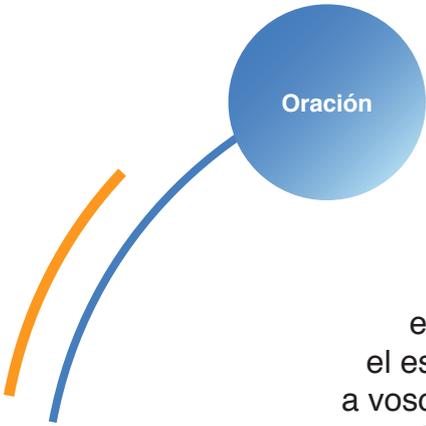


Preguntas



¿Les ayudamos a discernir sobre la importancia que tienen nuestras decisiones personales dentro de la sociedad?

¿Creamos curiosidad en nuestros hijos para que se formen en todos los ámbitos de la vida?



Oración

Jesús, María y José
en vosotros contemplamos
el esplendor del verdadero amor,
a vosotros, confiados, nos dirigimos.

Santa Familia de Nazaret,
haz también de nuestras familias
lugar de comunión y cenáculo de oración,
auténticas escuelas del Evangelio
y pequeñas iglesias domésticas.

Santa Familia de Nazaret,
que nunca más haya en las familias episodios
de violencia, de cerrazón y división;
que quien haya sido herido o escandalizado
sea pronto consolado y curado.

Santa Familia de Nazaret,
haz tomar conciencia a todos
del carácter sagrado e inviolable de la familia,
de su belleza en el proyecto de Dios.

Jesús, María y José,
escuchad, acoged nuestra súplica.
Amén.



San Agustín: «La vida de los padres es el libro que leen los hijos».

George Moore: «Un hombre viaja alrededor del mundo para buscar lo que necesita y vuelve a su hogar para encontrarlo».

Astrid Lindgren: «Gente sana

necesita una infancia feliz».

Johann Wolfgang Von Goethe: «Dos cosas deben recibir los niños de sus padres: raíces y alas».

Santa Teresa de Calcuta: «¿Qué puedes hacer para promover la paz mundial? Ve a casa y ama a tu familia».

Refrán español: «Al hogar, como a la nave, le conviene la mar suave».

